

La memoria infantil lleva al autor a verlo corretear por las callejuelas de San Gil atencinas, deteniéndose ante las puertas de las casas que habitualmente le daban alimento, y regresando como si de un perrillo se tratase al oscurecer, al lugar en el que lo mantenía la hermandad.

Dicha tradición o costumbre, soltar el cerdo por las calles y que fuese alimentado y engordado por el pueblo, por supuesto que no fue exclusivo de Atienza, ni siquiera de la provincia de Guadalajara.

En un veloz repaso, tras pasar por Pozoamargo, podríamos detenernos en Trévago (Soria), donde era obligatorio dar de comer al animal en la casa ante la que se detenía, y darle cobijo nocturno en la que al cabo de la tarde entraba. En La Alberca (Salamanca), se seguían métodos similares al atencino, lo mismo que en Berrinches (Ciudad Real), y en San Román de Arnija (Valladolid), el cerdo quedaba en propiedad de quien le dio asilo la noche de San Antón. Así podríamos continuar por la práctica totalidad de la geografía nacional.

El final del cochino de San Antón en cualquier caso, y teniendo en cuenta que la celebración coincide en el tiempo con la época de matanzas, era terminar convertido en alimento de aquellos que tuviesen la fortuna de ser agraciados con la papeleta ganadora del sorteo, puesto que en el caso de Atienza, y desde los días previos a la Navidad, la hermandad, acompañada del cochino, salía a vender por las casas las papeletas de la rifa, cuyo punto final, el sorteo o “remate”, tenía lugar en la tarde de San Antonio ante las puertas de la iglesia de la Santísima Trinidad.

La fiesta de San Antón.

Los informantes no fueron capaces de situar, dado el paso del tiempo y la edad, al cochino de San Antón durante la celebración de los oficios del santo. Todos los consultados coincidieron a la hora de situarlo en el patio de la iglesia, engalanado con lazos de colores y su identificativa campanilla, aprovechando la hermandad la celebración para vender las últimas papeletas de la rifa en los oficios de la mañana, tras los cuales tenía lugar la tradicional bendición de los animales, mulas, asnos, vacas, caballos o bueyes, que generalmente engalanados para la ocasión hacían su entrada en el patio de la iglesia, dando la vuelta al edificio, sin que esto quiera decir que rodeaban el templo como en otros lugares es costumbre, sino que entraban en el patio desde la parte posterior de la iglesia, rodeándola, como es costumbre en otras cofradías, procesiones y celebraciones que tienen lugar en dicha iglesia.

Del mismo modo que era costumbre el que a la misa del santo se llevase pan, agua o cebada para ser bendecidos y llevarlos a los animales que no acudieron a recibir la bendición¹⁰.

Siendo el día del patrón, en consideración al acto, festivo para los animales de labor; pues ese día mulas, vacas, bueyes, asnos o caballos no araban ni hacían oficios correspondientes a la época agrícola, por otro lado prácticamente nula.

La oración de San Antonio.

¹⁰ En el relato de Pedro de Répide anteriormente mencionado se dice: “...bendícenos este pan -decía el grotesco rey. Y la mano sacerdotal hacía el signo de la cruz sobre el pan que el extraño monarca repartía entre los más cercanos a la hueste.

-Bendícenos la cebada para las bestias -volvía a pedir luego.

Y el fraile bendecía el grano de los campos que había de nutrir a los brutos, también criaturas de Dios”.